

HERÓICA CIUDAD
Donato Arriola
CUAUTLA MORELOS
ANTES "CUAUTLA ANILPAC"
"MEXICO A LOS 500 AÑOS"
GENERAL DON JOSE M^o N

EL SITIO DE CUAUTLA

Mario Tapia Celis



Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



**MÉXICO
2010**



EL SITIO DE CUAUTLA

Mario Tapia Celis

POR LAS SOMBRAS, SE PODÍA ADIVINAR QUE ERAN ENTRE las ocho y nueve de la mañana. El pequeño poblado de Cuautla se encontraba tranquilo. El movimiento de las personas que iban y venían era normal. Las tierras llenas de caña de azúcar eran trabajadas por los campesinos, mientras las mujeres hacían los quehaceres de las casas y comenzaban a preparar la comida. Aquel 9 de febrero de 1812 era un día como cualquier otro... hasta que comenzó a sonar la campana del convento de San Diego.

La noticia había recorrido las calles de Cuautla desde días antes. Tras su victoria en Tenancingo, el cura José María Morelos y Pavón, en lugar de marchar rumbo a Toluca para después entrar a la capital de la Nueva España, había decidido regresar al sur, donde era querido y respetado. Algunos vieron en esa decisión una señal de alarma. Algo estaba por ocurrir.

Las preocupaciones se olvidaron por un momento cuando, al escuchar el sonido de la campana, las familias de Cuautla salieron de sus casas y vieron en el horizonte la cercanía de las tropas del cura, a él mismo y a sus jefes más cercanos. Traían con ellos entre catorce y quince cañones, pero nada de esto llamó demasiado la atención. Mientras un grupo de hombres del pueblo se adelantaba hacia una hacienda al norte llamada El Calvario para recibir a los insurgentes, la gente comenzó a festejar la llegada del libertador. “¡Viva Morelos! ¡Viva la libertad! ¡Viva la virgen María! ¡Viva la virgen Guadalupana!”, gritaban todos a una voz. Durante toda la tarde, en la plaza de Santo Domingo, entre música, cohetes y deliciosos dulces y guisados, transcurrieron las horas sin dejar que el miedo a lo que estaba por suceder invadiera a los cuautlenses.

En los siguientes días la historia fue distinta. El cura Morelos dio órdenes para establecer guardias en todos los puntos de acceso a Cuautla. La pólvora y los cañones fueron distribuidos en calles estratégicas. Varias trincheras comenzaron a construirse para evitar la entrada del enemigo. El convento de San Diego, la iglesia de Santo Domingo y la hacienda de Buenavista, la más grande de todo Cuautla y que se encontraba al sur,

comenzaron a ser custodiados por los más destacados hombres de Morelos. El pueblo comenzó a transformarse en un escenario preparado para la guerra.

Tras la muerte de don Miguel Hidalgo y Costilla y de muchos de los cabecillas que estuvieron durante el grito de Dolores aquel inolvidable 16 de septiembre de 1810, José María Morelos y Pavón se convirtió en el insurgente más peligroso para las autoridades españolas. Había hecho del sur su centro de operaciones y la gente lo apoyaba y lo quería. En lo que hoy son los estados de Guerrero, Oaxaca y Morelos, sus tropas consiguieron victorias muy importantes frente al bando enemigo. Pocos generales españoles podían pensar siquiera en vencer a las tropas de Morelos, que peleaban con coraje y valor. Además, Morelos contaba con el apoyo de jefes como Hermenegildo Galeana, los hermanos Bravo, Vicente Guerrero, Mariano Matamoros, entre otros que definieron la suerte de las batallas a favor de los insurgentes. En efecto, pocos realistas eran capaces de derrotarlos.

Fue por ello que el virrey Francisco Javier Venegas envió a su más poderoso ejército a enfrentarlo. Al mando de Félix María Calleja, el ejército del centro era ya famoso, pues había causado las más dolorosas derrotas

a Miguel Hidalgo e Ignacio Allende. Todos parecían creer que era imbatible, incluso los que salieron a despedirlo en la capital cuando inició su curso rumbo al sur en busca del cura insurgente.

Para el 18 de febrero las primeras tropas realistas comenzaron a aparecer en el horizonte de Cuautla. Un día después, el 19 de febrero de 1812, el tronido de un cañón que rompió con su proyectil algunas paredes e hizo un hoyo en la tierra desencadenó las hostilidades. La guerra, en su máxima expresión, había empezado.

Las tropas de Calleja intentaron entrar por el norte de la ciudad. Estaban seguros de su victoria. Quizás en un par de horas, creía el mariscal español, Cuautla caería. Tan cierta era para él la derrota de Morelos que llegó con su esposa en un carruaje, del cual se bajó para dirigir a sus soldados tras prometerle a su mujer que la vería en la casa de gobierno para el desayuno.

Sin embargo, varias horas más tarde, la derrota de los españoles era ya una posibilidad. Las tropas insurgentes habían luchado con inteligencia y valor. Por todos los puntos en que los realistas intentaban pasar se encontraban con un héroe que lograba rechazarlos. Eran alrededor de cuatro mil soldados contra sólo unos cientos de insurgentes, más los pobladores sin prepara-

ción militar de Cuautla, pero que se pusieron el fusil en el hombro para luchar aquel 19 de febrero. A Calleja no le quedó más remedio que ordenar la retirada. El pueblo del que salieron se veía derruido. El fuego abrasaba muchas casas y establecimientos. La sangre, realista e insurgente, corría por las calles. Y sin embargo, de aquel pueblo ruinoso salieron los gritos de victoria. Los insurgentes habían logrado una hazaña sin precedentes. El poderoso Calleja y su ejército fueron derrotados.

A partir de ese momento, una nueva etapa de la batalla comenzó. Calleja, muy enojado por la derrota, ordenó rodear Cuautla. No había forma de entrar o salir de ella. En los siguientes días, el ejército realista intentó cortar la entrada de agua al poblado. La comida, lo sabía Calleja, empezaría a agotarse en cuestión de días. Si la victoria no había sido suya en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, lo sería por la huida.

Poco le duró el gusto a Cuautla de celebrar su victoria. Los sucesos de la batalla del 19 de febrero apenas pudieron repetirse. El valor de Galeana, que había saltado de su trinchera para pelear cuerpo a cuerpo contra los españoles sin temer por su vida, era tan sólo una de las historias. Otra era la de Narcisco Mendoza, un niño que vio un cañón desprotegido mientras los españoles





se acercaban a él. Sin saber cómo, tuvo el valor de hacerlo tronar quitando para siempre los intentos realistas de entrar al pueblo por ese lugar. Después de ello, Narciso pasaría a la historia como el Niño Artillero. Pero no había tiempo para festejar. El sitio de los españoles pronto traería el dolor de los cañonazos del primer día.

Apenas hubo tiempo para enterrar a las decenas de personas que cayeron en la batalla. Desde luego, se inició la reparación de los puntos de defensa y se aumentó la vigilancia en todos los senderos. Se crearon, además, nuevos batallones. Uno de ellos era capitaneado por Juan Nepomuceno Almonte, hijo de Morelos, que apenas tenía doce años. Junto a él, más de veinte niños de la misma edad formaron la Compañía de los Emulantes, que durante los siguientes días participaron en tareas militares y hasta en enfrentamientos armados.

A pesar del duro sitio, algunos insurgentes lograban de cuando en cuando introducir comida y armamento a Cuautla. Nadie sabía a ciencia cierta cuánto tiempo habría de durar el cerco. De acuerdo con Calleja, era cuestión de días la caída del pueblo. Para Morelos y los demás insurgentes y pobladores, podía durar toda la vida. Si en su honor estaba, la derrota de Cuautla sería imposible.

Un segundo ataque parecía inminente. Sin embargo, Calleja esperó a recibir apoyo de otros batallones. La espera resultó eterna. En los primeros días de marzo se escuchaban a la distancia algunos cañonazos cuyas balas caían en algún lugar del pueblo sin causar grandes daños. Pero las tropas españolas no se acercaban. Los insurgentes esperaban, y para no mostrar temor alguno se hacían escuchar en las noches con sus cánticos:

Rema, nenita, rema,
y rema y vamos remando;
ya los gachupines vienen
y los vamos alcanzando.
[...]
Aquí en Cuautla venceremos,
pues peleamos con afán;
por eso los gachupines
tienen ganas de volar.

A partir del 10 de marzo, los cañones enemigos y los insurgentes se encendieron constantemente. Gran parte de la población, por órdenes del propio Morelos, se refugió durante días en la iglesia de Santo Domingo. Afuera de ella, Cuautla comenzaba a arder. Sin embargo, nada parecía terminar con la defensa.

Las municiones no alcanzaban para un ataque que podía ser prolongado. Los realistas, intuyeron que quizá duraría muchos días, espaciaron sus cañonazos. Los insurgentes también lo hicieron, aunque habían formado una armería en la hacienda de Buenavista. Los días transcurrían sin que el fuego se detuviera. En diversas ocasiones los realistas intentaron cortar la entrada de agua, pero Galeana, con gran valor y eficacia, lograba recuperar el reducto. De cualquier manera, en varias casas comenzaron a cavar sus propios pozos. Sólo eso ayudó a alargar la defensa.

Para principios de abril sólo quedaban en el pueblo algunas reservas de maíz y frijol. El hambre se iba extendiendo por todas las calles. No había forma de salir por comida y las posibilidades de que tropas insurgentes del exterior entraran disminuían. Pero aun así, la rendición no era siquiera una opción para los insurgentes.

La desesperación de Calleja crecía. Las altas temperaturas dificultaban todavía más las operaciones del ejército realista. Además, la temporada de lluvias se aproximaba y todo ello beneficiaba a las tropas de Morelos, acostumbradas ya a esas condiciones. Pero nada ni nadie lograba la rendición de los insurgentes, a pesar del continuo cañoneo y la falta de agua y comida.

Cuando los víveres escasearon casi por completo, gran parte de la población se lanzó a la caza de cualquier animal que pasara por las calles. Lagartijas y pájaros fueron los primeros en caer. Algunos caballos también fueron sacrificados. Tras tantos días de sitio, la angustia ahogaba a los valerosos insurgentes. Fue entonces cuando, a mediados de abril, se iniciaron los preparativos de la última batalla.

El 22 de abril un atisbo de esperanza surgió entre los cuautlenses. Un comando de alrededor de cien soldados, encabezado por Mariano Matamoros, logró salir de Cuautla. Pretendía encontrarse con las tropas de Miguel Bravo, que días antes habían intentado entrar al pueblo con provisiones. Juntos, según lo había pensado Morelos, tal vez podrían conseguirlo.

Sin embargo, el 27 de abril incluso ese indicio de esperanza se desvaneció. Los auxilios del exterior no pudieron traspasar la línea de los españoles. A pesar de que Morelos había mandado fundir las campanas de las iglesias para hacer balas con ellas y dispararlas desde el interior para apoyar el ataque de Matamoros y Bravo, no tuvo el éxito esperado. Era aterrador recorrer Cuautla en aquellos momentos: casas destruidas, gente que buscaba en las grietas y entre los escombros alguna vida

que salvar o el movimiento de una lagartija que comer. La debilidad de soldados y niños era evidente. Por las heridas o por el hambre, la gente moría en las calles. Sólo había dos opciones: la rendición o la batalla. La necesidad exigía la primera; el honor, la segunda.

Fue entonces cuando Morelos ordenó los preparativos para romper el sitio. Todo el pueblo se dispuso para salir. La empresa no sería sencilla, pues era preciso sorprender a los realistas y luchar contra ellos. No había más remedio. Así, en la noche del 1º de mayo de 1812 comenzó la salida.

Cuando Calleja se enteró de que los insurgentes y gran parte del pueblo lograron abrirse camino, su coraje fue muy grande. Habían pasado setenta y dos días de sitio en una batalla que él pensaba acabaría en horas. Y había sido, una vez más, derrotado. De inmediato mandó que Cuautla fuera quemada, pero tal orden la canceló el virrey. El sitio de Cuautla había terminado. De él, la gloria de un pueblo que luchó por la justicia y por la patria perdura en la memoria. Por siempre.





Francisco Ibarra y Mauricio Gómez Morin,
diseño de la colección; Mauricio Gómez Morin
ilustración de portada; Mauricio Gómez Morin, Tania Juárez y Carlos Vélez,
ilustraciones de interiores; Gerardo Cabello y
Javier Ledesma, cuidado editorial.

D. R. © 2009, Instituto Nacional de Estudios
Históricos de las Revoluciones de México
Francisco I. Madero, 1; 01000 San Ángel, México, D. F.

Nueva Biblioteca del Niño Mexicano



SEGOB



MÉXICO
2010

